

Doña Juanita de los Santos

Encuentro con una alumna del Maestro Miguel Soler

Alejandra Dego | Maestra Directora del Centro “Agustín Ferreiro”. Canelones.

Limber Santos | Maestro. Coordinador CAPDER Canelones Centro. Docente e investigador del Departamento de Historia y Filosofía de la Educación, UdelAR.

Desde la ciudad de Tacuarembó transitamos por ruta 26 hasta cruzar el Tacuarembó Grande y pasar por Villa Ansina. Enseguida tomamos por un camino vecinal hasta llegar a Los Vázquez, lugar donde, a principios de la década del 40, Miguel Soler trabajara por primera vez como maestro rural. El lugar es hoy un paisaje típico del norte uruguayo, con pequeñas casitas y ranchitos salpicando la penillanura. Avanzando por el camino angosto y antes de llegar a estancias de inimaginable extensión, vimos el perfil inconfundible del local escolar. Hoy, la Escuela N° 89 de Los Vázquez ocupa un predio ubicado a un quilómetro y medio de aquel viejo edificio en el que trabajó Soler.

La memoria silenciosa

Estamos en vacaciones, pero hay un lugareño frente a la escuela, con su caballo atado al alambrado. Lorenzo Dos Santos vive en Ansina, pero todos los días viene a cuidar su ganado que está en un campo lindero a la escuela. Y todos los días vigila celoso ese lugar que es de todos. Lorenzo nos indicó desde la portera, los lugares exactos donde había estado la escuela anteriormente, incluso el lugar donde estaba el local en el que trabajó Soler. “Allá arriba, donde está aquel árbol solo”, dijo indicando lo más alto de la colina. Con siete años, Lorenzo fue a esa escuela, “grande y de ladrillos”. Fue el segundo local que tuvo la escuela, el primero había sido de terrón y el tercero fue de material,

pero siempre en predios alquilados. El actual es el cuarto local y está en un predio del organismo. “El Maestro Soler, sí como no. Cuando mi hermano, el mayor de todos, tenía un quiste en el pulmón y aquí (en Tacuarembó) no operaban, tenían que llevarlo y él (Soler) le mandó una carta a mi padre y mandó, para llevarlo al Hospital de Clínicas en Montevideo. Y le prestó 100 pesos todavía”, relató Lorenzo cuando le preguntamos si había oído hablar del Maestro. Y esa fue la primera impresión recogida en Los Vázquez, guardada por décadas en esa memoria silenciosa de tropero y changador.



Don Lorenzo Dos Santos

Doña Juanita

Ya nos estaba esperando. Desandamos el camino que nos condujo a la escuela, y al final de la bajadita entramos hacia una casita ubicada al fondo, debajo de unos árboles. Lúcida, firme y de ojos brillantes, nos encontramos con la mujer que, cuando niña, conformó el primer grupo que compartió con Miguel Soler aquella vieja escuela de ladrillos, junto a los eucaliptus. Y la historia se nos abrió limpia, clara, casi sencilla; con la serenidad que provoca el tiempo transcurrido.

Doña Juanita nació en Yaguarí hace 76 años y se vino con nueve años a Los Vázquez, cuando sus padres instalaron un almacén en el lugar. Nunca se fue de allí. “Mi padre tenía almacén, el kerosene venía en unas latas de 20 litros y se distribuía por bono, según el tamaño de la familia. Las había con 10 o 12 hijos.”

Cuando el Maestro Soler estuvo hace poco tiempo en Paso de los Toros, Juanita le dijo a uno de sus hijos que lo buscara. Así lo hizo y pudieron hablar por unos minutos. Más adelante, el propio Maestro llamó por teléfono a Juanita y, según ella nos relató, hablaron cerca

de dos horas. “Juanita, ¿fuiste al liceo?”, le preguntó Soler. A lo que ella le respondió: “No, la educación que tengo es la que me dio usted”. La pregunta del Maestro refería a la “mente despejada” que percibía en Juanita, luego de tantos años.

La llegada

Juanita nos cuenta que Soler era “muy joven-cito” cuando llegó a Los Vázquez. Ella estaba en primero y había pasado a segundo. Llegó en la época de la gran sequía del '42, plena guerra mundial, una “pobreza tremenda” y mucha población en el lugar. Todos vivían en ranchos de adobe y se percibía miseria por doquier, aunque en la vuelta “había mucho rico”. Típico paisaje de rancharío rural. No bien llegó a la escuela, salió a recorrer el lugar; “se habrá llevado una desilusión enorme”, comenta Juanita. Para ello, lo primero que hizo fue comprarse un caballo, un hermoso picaso que conocimos a través de una pequeña foto blanco y negro que Juanita atesora en las páginas de un libro. En esa misma foto se deja ver el eucaliptus que todavía permanece enhiesto en la colina, como testimonio vivo de cuando Soler y sus alumnos convivían a su sombra, jugando al Martín Pescador, según lo que expresa Juanita acerca de lo que muestra la foto. Todos de “zapatillita rueda” y sin moña. “El Maestro qué nos iba a exigir moña, no se estaba para exigir mucho.”

Con el picaso, el Maestro Soler podía salir a conseguir la carne y “algo para hacerle la comida a los niños”, sobre todo para los niños que venían de muy lejos y se tenían que levantar muy temprano. Cuando el Maestro se enteró de que había una gran cantidad de “muchachos” que no habían podido concurrir a la escuela -muchos trabajaban en las estancias-, los jueves y los sábados instrumentó una “clase particular”, y de ese modo “educaba a esos muchachos que estaban trabajando”. Hasta de Ansina venían a caballo algunos de esos jóvenes que aún no habían tenido la oportunidad de asistir a la escuela. “En esa época sólo había hasta tercero. Los que teníamos más actitud de aprender y nos gustaba, entonces íbamos los jueves y (el Maestro Soler) nos daba una clase particular, como en cuarto. Y con eso quedábamos. Las muchachitas de acá quedábamos con ese cuarto.”





Además de la carne, en las estancias Soler conseguía la lana. Se lavaban los vellones en la escuela y con ellos se hacían alfombras. “Él educaba con un sistema moderno; teníamos que hacer gimnasia, disciplina, jugábamos al voléibol; como los varones jugaban al fútbol, las niñas mujeres teníamos que hacer algo.” Con la ayuda de las fotos, Juanita nos describe el jardín y “allá al fondo”, la huerta que se trabajaba para conseguir la verdura. El local en ese tiempo era de reciente construcción, en campos de una señora de apellido Vázquez, una de los 15 sucesores de esta familia que dio nombre al lugar. En una de las fotos puede leerse al dorso, con letra del propio Soler: “Juanita, muéstrala a todos los niños pero no vayas a perderla”. Y no lo hizo.

Juanita recuerda a Soler como un maestro “muy serio y responsable”. Armaba grupos de trabajo. “Teníamos una disciplina única, el compañerismo, y siempre nos estaba controlando, tanto si estábamos jugando o en clase. Era muy correcto.” Todos los viernes cantaban. Juanita recuerda aquella canción “de los pollitos” y “la del ratoncito”. “Nosotros teníamos que hacer todo eso en la escuela; siempre con él.”

Los sábados y los días feriados todos trabajaban con arcilla. Con ese material que sacaban del campo se hacían muñecos, pozos, nidos de hornero, elefantes... En un horno se

quemaba aquello y cuando estaba pronto se ponía sobre una mesa y se pintaba. Con el trabajo de la lana y de la arcilla, Juanita cuenta que el Maestro siempre les decía que había que trabajar juntos, unidos. “Era una dedicación a la escuela. Siempre estábamos allí, como el Maestro no viajaba...” Había participación de los padres y de todos los vecinos, incluso venían de Ansina. También venían de más lejos cuando había kermés.

En el segundo año vino Alberto Casavalle como maestro ayudante de Soler, porque “era una cantidad enorme de alumnos”. 65 o 75 alumnos, “todos muchachos grandes”. Cuando se peleaban, el Maestro los separaba en grupos y después él mismo los llevaba a la casa. Los visitaba a todos. Y a Juanita le quedó aquello. “El Maestro debe visitar al vecino. Porque usted le chilla a un niño sobre algo que en la casa no tiene. Porque usted no conoce el ambiente. Y Soler fue lo que hizo.” Cuando el Maestro iba a Montevideo conseguía telas y mandaba a hacer ropa para algunas familias que necesitaban. Juanita recuerda una que tenía 15 niños.

La escuela hoy tiene menos de 10 alumnos. Juanita nos cuenta que la gente empezó a irse de Los Vázquez a partir de 1966. Cuando un hermano mayor se iba, al tiempo regresaba y se llevaba a los menores. Así se fue despoblando el lugar.



Las anécdotas

¿Qué es lo que hace que Soler, a pesar de los años que hace que fue alumna de él, siga preguntando por usted?, le preguntamos. Y Juanita respondió rápidamente: “yo era así, compañera de todos. Me gustaba mucho la escuela, pero si veía a un compañero peleando, allá estaba yo en todas esas cosas. Y si veía a alguno con problemas ya trataba de ayudarlo. Un día me dejó en penitencia porque le chisté una palabra a un compañero que estaba ahí. Era sobre las palabras esdrújulas. El muchacho buscaba y estaba quedando mal, el maestro exigiéndole y yo le dije: *próxima*”. Y por la próxima quedó en penitencia esa vez. “Yo me puse a llorar y el Maestro me dijo: andate, no te puedo ver llorar”, evoca Juanita entre risas.

Los recuerdos van apareciendo naturalmente. “Una familia de parditos vivía allá en aquella tapera”, dijo señalando al norte. “Ellos eran ocho. Se peleaban. Se entraba a la escuela por un callejón del campo. Un día se pelearon. Muchachos grandotes con un negrito de aquellos, flaquito. Y yo lo tironeaba y no lo podíamos sacar. Y venía la hermana con la bolsita con los platos y los cubiertos. Se llamaba Linda, la hermana. Yo la miro que venía con aquella

bolsita (que las madres hacían porque había que llevar el plato y el cubierto a la escuela) y le digo: pegale con esa bolsa. Abolló los platos”. Pasaron como cuarenta años y un día Juanita se encuentra con Linda, la que traía los platos que sirvieron para terminar la pelea aquel día, y aún recordaba cuando los había abollado, en pleno callejón del campo hacia la escuela.

El regreso

“Lo extrañamos mucho cuando se fue”, comenta Juanita que, a esta altura de la conversación, ya estaba con su mente plenamente ubicada 65 años atrás. “Hubo una época que de usted no se podía hablar”, le comentó Juanita a Soler, cuando hablaron telefónicamente. Los propios maestros que venían a trabajar en esa época, no aceptaban que se les hablara de aquel maestro que había pasado por allí en la década del 40. A los 20 años de aquel pasaje por la escuela de Los Vázquez, Miguel Soler volvió al lugar. “Nos vino a visitar. Yo ya estaba casada y tenía el hijo mayor”. Juanita recuerda que, en esa ocasión, el Maestro trajo muchas fotos de su hija, pero que entre una cosa y otra, no le dejó ninguna. “Tanto charlar que nos olvidamos.”

Juanita recuerda que Soler había estado en México en ese tiempo. Le dijo: “Juanita, mira cómo trabajan los indios”. Y le obsequió una pequeña artesanía elaborada por indígenas en México y que, como las fotos, Juanita aún conserva en el aparador del comedor. En esa ocasión, el Maestro Soler fue a la casa de Juanita y le dijo a su esposo: “luche para tener la escuela propia”. En ese tiempo (década del 60) la escuela funcionaba todavía en un predio arrendado. “Yo con algo los voy a ayudar. Compren un terreno.” Y con la idea de él empezamos a movilizarnos los vecinos y compramos el terreno. Don Pedro Chiesa fue quien nos hizo la escuela. El Maestro mandó en esa época 30.000 pesos para colaborar con la escuela.

De aquí no me voy

“Yo a la 89 no la abandono”, expresa Juanita. Hace poco le arreglaron el techo y siente que está “preciosa”. Dice con orgullo que todos los años reciben la visita del colegio “Santa Elena” de Solymar. “Usted sabe cómo hemos mejorado... increíble cómo nos han ayudado. Vienen y participan con nosotros, hacemos un asado...”

Ellos buscaban visitar un lugar absolutamente rural. Un día la llamaron a Juanita y ella les dijo inmediatamente: “Los Vázquez. No hay otro lugar en campaña que sea más rural que este”. En ese tiempo (hace unos cuatro años), la escuela aún tenía techo de paja y no tenía luz ni agua. “Es lo que tenemos, ellos tienen que saber cómo vivimos nosotros. No tenemos que asombrarnos de esto, ni estar con vergüenza ni nada. Es lo nuestro.”

“Esta foto tiene 52 años. Este fue el primer médico que hubo en Ansina, Teófilo de Matos”, nos señala Juanita. La foto registra una larga caravana de carros, motos y automóviles de la época, el día que el pueblo entero le hizo un homenaje porque se iba a jubilar. En otra se veía a Secundino con una caballería y un gran asado a estaca, “como se hacía antes”. “Testimonios” le llama Juanita a esas viejas fotografías que van ilustrando sus recuerdos. “Yo a veces les digo a mis nietos: es importante saber de dónde venimos para saber quiénes somos.”

Juanita siempre se quiso quedar en Los Vázquez. “Aquí me siento bien”. A sus hijos les ha dicho: “aunque ustedes me lleven y me pongan en un palacio, yo voy a estar bien aquí”. “Ahora crío gallinas; vengan que les muestro.” Y salimos a recorrer su predio. Y sobre el paisaje vuelven a aflorar los recuerdos. De allá venía el negrito por el que Linda abolló los platos para defenderlo. Más acá, hace poco vino una familia que vive en un ranchito. “Donde hay árboles es porque hubo taperas.” Y hay árboles por todos lados. Muchas taperas.

La despedida

Y salimos a recorrer el campo, en busca de las taperas de los viejos locales escolares. Unos montículos de tierra y las infaltables palmeras constituyen el único testimonio del primer local. Cañas tacuara, una higuera, dos transparentes a la entrada, unos pilares de material y un pozo derruido es todo lo que queda del segundo local.

Nos despedimos de Juanita con el sol ya bajo y con la promesa de llevarle un ejemplar de nuestra revista, cuando publicáramos la nota. “Vivo leyendo. Todo lo que agarro lo leo. Acá en mi casa no se escapa nada que yo no lo lea”, nos dice al final. Por lo que vemos, el Maestro Soler nunca se fue de su lado.



Árbol que se conserva donde estaba el viejo local en el que trabajó Soler.

No quisimos irnos de Los Vázquez, sin pasar por el lugar donde estaba la escuela donde trabajó Soler por primera vez en la lejana década del 40. A la entrada de una estancia cuyo casco divisábamos a lo lejos, fuimos guiados por el árbol del que nos habló Lorenzo y que nos mostraba Juanita en sus fotos. A partir de sus “testimonios” queríamos reconstruir la locación de la escuela e imaginarnos, por un momento, la dinámica de aquellos años. Buscamos una señal material de la vieja escuela. Apreciamos los montículos de tierra y los trillos que aparentemente constituían el callejón por el que se llegaba a la escuela, sobre el borde del campo. Analizamos el terreno y no encontramos nada. Pero volvimos sobre nuestros pasos y la prospección dio resultados. Se nos abrió un universo dormido de testimonios mudos, pero con un gran peso simbólico. Aquellos mismos ladrillos de las fotografías estaban ahí. Ladrillos de un color pálido, rústicos e irregulares. Sobre ellos terminamos de configurar la escena, reconstruida a partir del intenso relato de Juanita. 📷